

# Un Apellido

Quizás naciera del huevo de algún animal humano, o quizá creciera de una semilla, cual zanahoria en tierras preocupantemente feraces. Mi llegada a este mundo fue objeto de mis más profundas divagaciones a lo largo de mi adolescencia, pero llegó el momento en que dejé de preguntarme, y me resigné. Yo nací. Sin madre. Sin padre. Pero nací.

“¿Cómo quieres que te lo explique? Yo estaba recogiendo patatas y vi que una de ellas era más grande y se movía, con tres pelos rubios y esos ojos tan raros que tienes, el pajarillo al aire y una boca desdentada que berreaba como si no hubiera un mañana”.

El bueno de Berger me lo explicó incontables veces con una asombrosa paciencia que no fue capaz de romper mi pueril insistencia. Su cara fue la primera que recuerdo, meciéndome en sus gordos y vellosos brazos. Él me sacó del campo de tubérculos y me puso un techo sobre la cabeza. O varios, ya que, al ser más pobre que las piedras, no podía mantener a un miembro más en la granja, por lo que granjeros y pastores de los campos colindantes se turnaban en lo concerniente a mi hospedaje y cuidado. Así crecí, entre humildes pastores y blancas ovejas, yo siendo la negra. Entre corrales y abrevaderos, bebiendo leche de vaca y comiendo más huevos que cualquier padre de la gran ciudad.

De no haber sido por el rey Tenentor, mi vida habría fluido como un río tranquilo. O quizá habría de compararla con algo más estático, como una charca pequeña y recóndita, uniforme y diáfana, superficial e insignificante. Por desgracia, no fue así.

Primero vinieron los recaudadores de la Iglesia limerea a reclamar el diezmo. Más tarde, conocedor del descontento que aquello había acarreado tras las malas cosechas, el rey mandó a los sangradores a cobrar la talla. Pastores y granjeros entregaron sus porcentajes de mala gana, pero no hubo males mayores, si descontamos una lengua cortada y varios ojos morados. La pequeña disputa que mantenía el rey de Magnalia con los señores Omorukeles por el control de las aguas territoriales se convirtió en una guerra que amenazaba a la isla. De modo que Tenentor mandó de vuelta a los sangradores, pues los víveres escaseaban en sus buques.

Aquello fue la gota que colmó el vaso... de sangre. Yo tenía once años cuando los vi llegar, así que huelga decir que me asusté. Los escoltas triplicaban en número a los de su primera venida. Mis congéneres los esperaban con rastrillos y azadones, decididos a defender tanto sus bienes como sus dignidades. Pero éramos los débiles, y a perro flaco todo son pulgas, como decía Berger. Estoy seguro de que en esas tierras no había suficiente cereal para pagar las vidas que se cobraron en esa reyerta. Todas, de hecho, salvo la mía, que me escondí cual zanahoria en el agujero secreto que usaba para guardar algunas de mis pertenencias más preciadas.

Cuando salí, la calma había vuelto a las praderas donde ahora descansaban inertes todos los que me dieron jergón, comida y trabajo. También durmieron allí para siempre los que me enseñaron a hacer arcos y flechas y tallar vacas de madera. Lisi. Belt. Gavin. Seguro que ellos defendieron su hogar, sin importarles sus siete, once, y doce años.

Salí de mi agujero. Lloré. Vomité. Lloré. Me avergoncé. Lloré. Tanto que llegó el momento en que no me quedaron más lágrimas, y por fin pude pensar. Habría podido quedarme allí escondido, con las cuatro gallinas que no se habían llevado y la leña apilada tras la verja. Todavía quedaba mucho cereal, pero supuse que volverían a por él y a por las ovejas que quedaban desperdigadas,

los rediles habiendo sido derruidos. Aunque esa no fue la razón que me empujó a escoger la segunda opción. No. En realidad, escogí la única opción que sopesé. Esa opción que se presenta ante todo humano al que invade la ira y el dolor: la venganza.

Ignoro cuántos días pasaron hasta que me decidí, pero me atiborré de pollo antes de partir, pues no sabía lo que tardaría en volver a comer debidamente. Me puse las botas de Gavin y metí dos camisas de Belt en el petate. Rescaté un medallón de madera que presentaba una cabeza de perro que Lisi había tallado mal que bien. Tan solo quería llevar algo de mis amigos conmigo, no estaba robando a los muertos. Eso lo hice minutos después, cuando cogí la bolsa de dinero de Berger y metí las monedas que encontré en las otras viviendas. Por aquel entonces no sabía diferenciar el valor de aquellas piezas, pero recuerdo que la bolsa pesaba más que el machete.

Salí a la calzada y me topé con el cartel que nos facilitó a modo de agradecimiento un joven letrado al que un día el fenecido Berger regaló un queso entero. Yo no entendía los símbolos allí pintados que llamaban letras, pero sabía lo que rezaba: “¡Compren el mejor queso de oveja aquí, en la granja de Bald!”.

Y así fue como me despedí de la granja que me dio la infancia y un apellido.